

Apuntes para Curso de Introducción a la Biblia

Por Emilio G. Chávez

I. FORMA Y SIGNIFICADO DEL CANON JUDÍO

1. El canon judío, el canon que más o menos (en la forma que vamos a ver) fue el que usó Jesús, se divide en tres partes: la Ley, los Profetas y los Escritos. Ver Lucas 24:44, donde Jesús habla de “la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos.”
2. “La Ley de Moisés” es también llamada “Torá” y “Pentateuco.” Son los primeros cinco libros de cualquier Biblia, sea judía o cristiana. Estos libros son Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.
3. La segunda parte, “los Profetas,” en el canon judío no son sólo lo que nosotros llamamos profetas, sino que comienza por los libros que siguen a la Torá: Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Samuel y Reyes se consideran un libro cada uno, no dos, como en nuestras Biblias cristianas. A estos profetas se les llama “Profetas anteriores.” Los estudiosos también le llaman a estos libros la “historia deuteronomica.” Veremos después la importancia que tiene esto. Fijense que Rut, 1-2 Crónicas, Esdras y Nehemías, etc. no forman parte de esta división; para los judíos van en otra parte del canon.
4. La importancia de los que hemos dicho hasta ahora es que a los libros del canon judío desde el Génesis hasta el final de Reyes se les llama la “Historia primaria,” es decir, desde la Creación hasta el Exilio en Babilonia. Todo comienza con la Creación, y de algún modo todo termina con el Exilio en Babilonia, pues con él el pueblo de Dios pierde su Templo y su Tierra, “todo se ha acabado para nosotros,” dice Ezequiel 37:11. Es en el Exilio en Babilonia donde Israel se convierte profundamente al único Dios, y donde nace realmente el “judaísmo” (como veremos).
5. Lo que sigue a los Profetas anteriores obviamente son los “Profetas posteriores.” Estos sí son los que los cristianos llamamos los “Profetas.” Son Isaías, Jeremías y Ezequiel (tres grandes profetas con largos libros) seguidos por los Doce (que los cristianos llaman “Menores,” tiene libros cortos y todos caben en un rollo). Consultar los cánones para ver sus nombres.
6. Después del gran fracaso que fue el ser exiliados a Babilonia por sus pecados, los líderes del pueblo de Dios (que ahora se llaman a sí mismo “judíos”) editan colecciones

de dichos y escritos proféticos y los convierten en los libros de los “Profetas posteriores.” Si los Profetas anteriores son una historia de pecado, fracaso y castigo, los Profetas posteriores, en su edición final, son libros de esperanza. Concretamente, la esperanza de una gran y verdadera conversión a la vez que la gran y definitiva vuelta de Dios a su pueblo para morar para siempre con ellos. También podemos llamar a esta esperanza la esperanza “mesiánica,” la espera de la venida de un Rey hijo de David que traiga la justicia, la paz y el bienestar. Ver por ejemplo Gn 49:8-12; Za 9:9-12; 2 Sam 7:1-17; Za 6:12-13; Lv 26:11-13; Ez 36:16-37:28; Jr 23:1-8; Ez 34; Sal 72.

7. Los primeros versos del Nuevo Testamento en el Evangelio de Mateo dan la genealogía de Jesús dividiendo la historia de Israel en tres partes: desde Abraham hasta David; desde David hasta “la deportación a Babilonia;” y desde este Exilio en Babilonia hasta el nacimiento del Mesías Jesús.

8. El significado de la Torá es este: Dios creó al ser humano y éste se rebeló en el jardín queriendo ser como Dios (Gn 3). Por esta desobediencia nuestros primeros padres fueron exiliados (aún rezamos “desterrados hijos de Eva” en la oración “Salve Regina”) en lo que fue el primer exilio. Después de varios acontecimientos que brincamos, el pueblo de Dios se encuentra en Egipto, otro lugar de esclavitud y exilio. De ahí los libra Dios para llevarlos a una Tierra excelente que “mana leche y miel.”

9. Pero al final de la Torá (nos hemos brincado Levítico y Números, para acortar y simplificar), en el libro del Deuteronomio, Israel aún no ha legado a la Tierra Prometida. Toda una generación pecadora ha debido morir; sólo los pequeñuelos encabezados por Josué y Caleb entrarán a la Tierra: ¡ni Moisés entrará! Esto nos indica que la primera parte de la Biblia, la Torá o Pentateuco, la “Ley,” termina sin terminar, es decir, termina con una expectativa futura aún por cumplirse: finalmente poder poseer esa Tierra tan buena de delicias (ver Za 7:4-14).

10. De un modo provisional, la posesión de la Tierra y el cumplimiento de las promesas se cumple en el libro de Josué (ver Jos 21:43-45). Pero en el siguiente libro, Jueces, hay un ciclo de bienestar, pecado, castigo y conversión que se va repitiendo. En los libros de Samuel y Reyes Israel, con sus reyes, sigue pecando y rompiendo la alianza establecida en el Sinaí (o monte “Horeb,” como se le llama en esta “Historia deuteronomica). Al final del libro (segundo) de los Reyes, se cumple la maldición que Dios por boca de Moisés había amenazado en Dt 28:68 si se rompe su alianza: volverán a “Egipto,” al lugar de

esclavitud y sufrimiento y al estado anterior al de ser pueblo libre de Dios, libre del pecado y sus consecuencias. Esto lo vemos en 2 Re 25:26, donde se dice que “todo el pueblo” se fue a “Egipto.” En verdad, la gran mayoría fue deportada a Babilonia. Pero para los autores sagrados da lo mismo: ambos son lugares simbólicos de destierro, de ausencia de Dios, de tristeza. Así terminan los “Profetas anteriores” (y la “Historia deuteronomica” y también la “Historia primaria”).

11. Como se dijo, en Babilonia Israel (realmente, casi todos eran de la pequeña tribu de Judá, de donde vendrán los vocablos “judío” y “judaísmo”) se convierte. Rechaza, bajo la tremenda enseñanza de sus líderes (el sacerdote-profeta Ezequiel y los individuos anónimos del movimiento deuteronomico, y otros), lo que habían hecho antes: principalmente, querer ser como las demás naciones, adorando dioses extraños (o extranjeros) y no cumpliendo con las altas exigencias éticas que Yahveh, ese Dios celoso o apasionado, les había mandado. Así surge el judaísmo, religión desarrollada de las creencias y prácticas de Israel, que se distingue por ser una religión de separación: de separación de lo impuro, de los paganos, de los no-judíos idólatras, tal como nos lo indican los primeros versos de la Biblia, en que Dios separa la luz de las tinieblas. Este ser diferente de Israel le ha traído mucha incomprensión y muchos problemas, pero así se le entrenó a ver las cosas. Ver Nm 23:7-10.

12. En Babilonia y después de la vuelta a la Tierra después del exilio, se recogen muchos dichos proféticos, y se forman los libros de los Profetas posteriores. Ya se dijo lo principal acerca de éstos (en el número 6 arriba). Aquí solo señalamos que, como los Profetas anteriores, los Profetas posteriores son cuatro libros: Isaías, Jeremías y Ezequiel y los Doce, como los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob y las doce tribus. Fijense que Daniel no figura entre los Profetas en el canon judío.

13. La tercera parte del canon judío son los “Escritos.” En tiempos de Jesús no se había definido la totalidad de los libros que formaban parte de este grupo. Sabemos que los Salmos estaba en primer lugar (de nuevo, ver Lc 24:44). Era el libro más importante y era también un libro profético, pues David era profeta (ver p.e. Hch 2:30). En este libro tenemos muchas oraciones y pasajes que se interpretarían como refiriéndose al Mesías, al Hijo de David, incluso oraciones que el Mesías iba a rezar (ver p.e. Sal 22). En esta parte se puso a Daniel, llamado profeta en Mt 24:15, el libro que nos habla del “Hijo del hombre” (Dn 7) y de la resurrección y el juicio final (Dn 12). Pero queremos señalar la

importancia del libro final del canon judío, Crónicas. Resume de manera teológica todo lo que vino anteriormente (su primera palabra es “Adán”) y su última palabra (el mismísimo final de la Biblia judía) es “suba,” es decir, ahora sí, entre a esa Tierra prometida, ya ha llegado el tiempo . . .

II. LA ESPERANZA MESIÁNICA JUDÍA

14. Israel se formó como un pueblo liberado por Dios de la esclavitud en Egipto, e hizo una alianza con este Dios, Yahveh, en el monte Sinaí, según la tradición deuteronomica (que se explicará en su momento). Según esta tradición, si Israel no cumplía con los requisitos de la alianza, sufriría las maldiciones estipuladas por la misma. Estas maldiciones se encuentran en Dt 28:15-68. Otra tradición, la sacerdotal, tiene su propia versión de las maldiciones en Lv 26:14-46.

15. Al final de la Historia primaria (Génesis-Reyes), o también de la Historia deuteronomica (Josué-Reyes), el autor sagrado nos dice que Israel se encontró, por su pecado y violación de la alianza, de nuevo en Egipto. Hasta peor, porque si la primera vez eran esclavos, esta vez tratarán incluso de venderse como esclavos (para sobrevivir) y nadie los comprará, Dt 28:68.

16. Todo esto lo meditó Israel (o más específicamente, la tribu de Judá) en el Exilio en Babilonia. Allí sus líderes le inculcaron cuánto había pecado; esto explicaba lo terrible de la catástrofe: Templo de Yahveh destruido, pueblo desterrado y tratado a veces de manera atroz. Se puede probar algo de la miseria de la conquista de Jerusalén por los babilonios (también llamados “caldeos”) en el libro de las Lamentaciones.

17. Las dos escuelas de líderes religiosos en el exilio babilónico son la sacerdotal (encabezada por Ezequiel) y la deuteronomica (su gran profeta fue Jeremías). La escuela sacerdotal enfatizó la impureza de Israel en la buena Tierra de Dios que recibió y no supo conservar. Ver Ez 8; 16; 20; y especialmente 36:16-32. La escuela deuteronomica enfatizó el rompimiento de la alianza que trajo sus consecuencias ya estipuladas y previstas. Ver de nuevo Dt 28:15-68 y lo que le precede desde Dt 28:1.

18. Cada escuela también presentó un programa de renovación, de salvación. La escuela sacerdotal habla de una limpieza con agua pura y un corazón nuevo que Dios le daría a su pueblo, para poder finalmente morar en medio de ellos: Ez 36:21-38. Incluso se veía la

renovación como una resurrección: los huesos secos de Israel, bajo el soplo del Espíritu de Yahveh, se revestirían de carne y volverían a vivir, Ez 37. Los dos reinos divididos, Israel (reino del norte) y Judá (reino del sur), es decir, la doce tribus, se reunirían bajo un hijo de David que reinaría sobre ellos como buen pastor, Ez 37:24. Ver también Ez 34:11-31. Esta escuela sacerdotal habla de una “alianza de paz” o “alianza eterna,” Ez 37:26; 34:25; 16:60-63; Is 54:9-10. Esta alianza hace recordar a la alianza con toda creatura en tiempos de Noé, Gn 9, y la alianza con Abram/Abraham en Gn 17; ambas son en verdad más bien una promesa incondicional que un contrato, como sucede en la escuela deuteronomica.

19. La escuela deuteronomica concibe la alianza como un contrato o pacto, ciertamente no entre iguales, pero sí con derechos y obligaciones mutuas. Esta alianza se rompió. Pero de nuevo la iniciativa vendrá no del ser humano, sino de Dios. Sería su Dios Yahveh el que buscaría a Israel de nuevo, en el exilio. Yahveh le circuncidará el corazón a Israel para que de una vez pueda fielmente cumplir sus mandatos, Dt 30:1-14. Sería Yahveh el que le daría a Israel un corazón que entendiera y ojos que puedan ver, Dt 28:69-30:3. En este pasaje se habla de “otra alianza” hecha con Israel aparte de la que se hizo en el monte Sinaí (que los deuteronomistas llaman “Horeb”). Muchos estudiosos piensan que esta “otra alianza” es la misma que el profeta Jeremías llama “nueva alianza” en Jr 31:31-34: la Ley (Torá) sería escrita en el mismo corazón de Israel. Así algunos han dicho que en Ezequiel Dios le da un transplante de corazón a su pueblo, mientras que los deuteronomistas hablan de cirugía al corazón.

20. Sabemos que la parte cristiana de la Biblia se llama “Nuevo Testamento,” pero esto es una traducción de “Nueva Alianza.” Ver 2 Cor 3; Lc 22:20. También el Nuevo Testamento (NT) habla de alianza eterna, Heb 13:20, y las dos alianzas se mencionan juntas en el canon de la Misa. También el NT habla de la circuncisión del corazón, Fil 3:3; Col 2:11; Rm 2:29.

21. Antes de entrar en la obra del Cristo, nos falta ver un aspecto importante de la esperanza mesiánica de Israel, que siempre pensaba en grande. Ya el profeta Isaías (comenzando por el capítulo 40 de ese libro) concibió el cambio de corazón del pueblo en el exilio, y su regreso a la Tierra Prometida, como una nueva creación (y no sólo como un Nuevo Éxodo). Todo debía cambiar, la solución debería ser radical, en verdad se debería volver al estado de inocencia del paraíso. Esto se ve reflejado en Is 11, donde, con la

venida del Mesías (el “vástago del tronco de Jesé,” o sea, del padre de David), lleno del Espíritu de Dios, se vuelve al paraíso: no hay violencia y hasta los leones son ¡vegetarianos! También en Ez 36:35 se menciona al jardín de Edén. Pensemos entonces en el pecado de Adán (que trajo la expulsión del paraíso), y en el Nuevo Adán, Jesús (ver Rm 5:12-19; 1 Cor 15:45-49).

22. Las dos escuelas que hemos mencionado, la sacerdotal y la deuteronomica, diferían en su enfoque. La escuela deuteronomica pensaba en una nueva o renovada alianza con un cambio de corazón (“conversión”) que permitiría a Israel a amar y obedecer fielmente a su Dios. Se puede decir que la escuela sacerdotal era más “mística” o “metafísica,” o por lo menos más “global.” Esta escuela giraba, como es de esperar, en torno al templo: de hecho, es una escuela de sacerdotes, mientras que la escuela deuteronomica es más bien “levítica,” compuestas por ex-sacerdotes depuestos por otro grupo que llegó a dominar (ver Ez 44:10-31). Ahora, los sacerdotes concebían del templo en términos del paraíso de Edén: tenía árboles parecidos y hasta un manantial con el mismo nombre que uno de los ríos de Edén, Gijón (Gn 2:13; 2 Cr 32:30; 33:14). El profeta Ezequiel describirá al nuevo templo de los últimos tiempos en términos paradisíacos, Ez 40-47; ver especialmente la gran cantidad de agua que mana de la derecha del templo en Ez 47:1-12 (comparar Ap 22). En el NT, Jesús es el que construye el templo de Dios (Mc 14:58) o es él mismo el Templo, Jn 2:18-22; cf. Ap 21:22.

23. Según esta visión del mundo, el pecado trajo caos a la creación, invirtió el orden que Dios quiso desde el principio. Ver los primeros versos del Génesis, donde el Espíritu de Dios vence al caos y se separan las cosas poniendo orden. Una visión parecida encontramos en el libro de Daniel, capítulo siete. Allí se ve toda la historia como dominada, después del pecado, por “bestias” que salen del mar. Dios había querido que el ser humano, Adán, dominara sobre las bestias, Gn 2:19-20 (dar nombres es ser dueño). El pecado invirtió esto. Pero en los tiempos finales, Dios le quitaría este dominio a las bestias (Dn 7:12) y se lo restituiría en una forma nueva y maravillosa a un ser humano, descrito en Dn 7:13 uno “como un Hijo de hombre.” En hebreo esto se diría “hijo de Adán,” o “ser humano” (aunque Dn 7 está en arameo) pero Jesús adoptó este título para hablar de sí mismo (Mc 2:10; 8:31; cf. Lc 3:38). A este Hijo del hombre se le daría todo poder y gloria, y todos los reinos le servirían, pues su dominio (“imperio”) sería eterno, Dn 7:14. No habrá ya más mar en Ap 21:1; cf. Mc 4:35-41.

LA OBRA DEL CRISTO

24. La vida pública de Jesús comienza con su bautismo en el Jordán por Juan Bautista. El Jordán era el río que debía cruzar Israel para entrar en la Tierra Prometida: este bautismo simboliza el nuevo éxodo, la entrada definitiva a la presencia de Dios. Juan Bautista tenía el papel de Elías, el de preparar el camino para su venida. La “vuelta” (o “conversión”) de Israel ha comenzado.

25. Pero algo enormemente portentoso ocurre mientras Jesús se une al pueblo pecador para ser bautizado, signo de conversión y arrepentimiento por el pecado que él no necesitaba (ver 1 Pe 2:21-25; Heb 4:15; 2 Cor 5:21). El Espíritu creador de Dios entró en Jesús, el Espíritu Santo de la nueva creación. Ahí surge el hombre nuevo, el nuevo Adán, y Jesús es llevado por el mismo Espíritu al desierto como Israel, a ser tentado cuarenta días; Mc 1:1-12; Dt 8:1-6. A diferencia de Israel, Jesús es fiel en la prueba: ni se queja del hambre ni cede a la tentación, y el estar con las bestias (“animales del campo”) en paz y tranquilidad, y ser servido por los ángeles, nos recuerda a la escena del Hijo del hombre en Dn 7:9-12.

26. Ya desde su bautismo la sombra de la cruz se cierne sobre Jesús. Cuando el Padre le llama “mi Hijo amado,” nos recuerda al sacrificio que se le pidió a Abraham de su “hijo amado,” Gn 22:2, 12; Jn 3:16; Rm 8:31-34. Y cuando dice que “está complacido con él,” nos evoca al primer “cántico del Siervo sufriente,” Is 42:1-9. Este cántico o poema es el primero de unos cuatro o cinco que describen a un ser misterioso que sufre por los demás y es altamente glorificado: Is 49:1-7; 50:4-11; 52:13-53:12; 61:1-11). El Nuevo Éxodo (que es también Nueva Creación) no se lleva a cabo sin purificación y sufrimiento.

27. El ser humano, el “viejo Adán,” estaba torcido por el pecado. Había querido ser como Dios (Gn 3) y terminó abochornado de su desnudez y escondiéndose de Dios. El árbol prohibido le había parecido a la mujer “deseable para obtener inteligencia” (la *Biblia de Jerusalén* traduce “excelente para lograr sabiduría”). Del Siervo se dice que obtendría inteligencia (Is 52:13 aquí usa el mismo verbo hebreo que Gn 3:6; la Vulgata traduce *intelletet*). De Jesús dice Pablo que aunque tenía la “forma de Dios” no consideró la divinidad como algo que *agarrar* (Fil 2:5-6; traduzco según el texto original en griego). Es decir, Jesús hizo lo opuesto de Adán (como María en Jn 2:5; 19:25-27 hace lo opuesto de Eva), y era el único que podía hacerlo: Adán, siendo hombre, quiso ser Dios; Jesús,

siendo divino, no sólo aceptó ser humano, sino que obedeció hasta el punto de humillarse en la muerte de cruz. Por eso será altamente enaltecido, Fil 2:5-11; cf. Is 52:13-53:12.

28. El Siervo Sufriente de Is 52:13-53:12 estaba desfigurado por el pecado, literalmente por los golpes odiosos que recibió (uno de los nombres para el pecado en hebreo, *'awon*, indica estar torcido). 1 Pe 2:24 dice que Jesús llevó nuestros pecados en su cuerpo. Is 53:4-6 dice que eran nuestras dolencias las que el Siervo llevaba, que parecía un maldito, pero que eran nuestras culpas y rebeldías las que él cargaba: la *disciplina* que nos trajo paz (*shalom*, salvación) Dios la puso sobre él. Jesús literalmente sufrirá la *disciplina* (el azote) según Lc 23:16, 22. Este fue el plan de Yahveh, Is 53:10; cf. Jn 10:17-18, y la “agonía” (lucha) en Getsemaní que tuvo Jesús para vencerse y aceptar esta dura voluntad de su Padre (ver también Heb 5:5-10).

29. Hemos visto lo más duro de la *obra* de Jesús (obra que termina en la cruz, Jn 19:30; ver Jn 4:34; 17:4; 5:17). Su obra será premiada con la resurrección, la victoria de Jesús y del plan de Dios en él (ver Sal 118; Ap 5:5; 21:7). Nosotros participamos en esta nueva vida mediante el bautismo, Rm 6.

30. Ahora veamos el mensaje y las obras del Jesús en su vida terrena. Después de su “retiro” al desierto tras ese tremendo bautismo (Jesús sabía que le quedaba otro “bautismo” aún más tremendo, la Pasión (ver Lc 12:49-50; Mc 10:38), Jesús comienza la obra de la salvación de Israel y de todo el mundo. Proclama que se ha cumplido el tiempo, que el reino de Dios ha llegado, que hace falta convertirse y creer la Buena Nueva. “Buena Nueva” es el término que usa Isaías para hablar del Nuevo Éxodo (Is 40:9; Is 52:7; 61:1).

31. Después Jesús comienza a actualizar la reunificación de Israel como pueblo de Dios, es decir, de sus doce tribus. Esto lo simboliza escogiendo a doce apóstoles. También la reunificación de Israel se concebía como la de un rebaño bajo un solo pastor bueno: Ez 34, Jr 23:1-8. Ezequiel habla de ovejas maltratadas, enfermas, olvidadas y descarriadas, Ez 34:1-22. Yahveh mismo las pastoreará: buscará a las perdidas, hará volver (“convertirse”) a las descarriadas, sanará a las enfermas, hará reposar a sus ovejas para que coman. Todo esto lo cumple Jesús al recostarse para comer (en banquete festivo) con los pecadores y otras personas echadas fuera por los judíos que se creían justos (ver Mc 2:15-17; cf. Lc 5:32; 18:9-14).

32. Del Mesías se esperaban “milagros” como hacer andar a los cojos y darle la vista a los ciegos, Is 35:4-6; incluso revivirían los muertos, Is 26:19, y se celebraría un gran banquete donde las lágrimas serían enjugadas, Is 25:6-9. A esto se le llamaba las “obras del Mesías,” Mt 11:2-6. Todo esto hizo Jesús. Pero fue más allá. Limpiar leprosos era algo que sólo podía hacer Dios, 2 Re 5:7. Y no se habla en el Antiguo Testamento (AT) de curar a mujeres con flujo de sangre. Algunos estudiosos (como Harmut Stegemann) han visto en estas curaciones (el leproso en Mc 1:40-45, la hemorroísa en Mc 5:21-34) algo muy radical, una purificación muy profunda de la creación, incluso un volver a la era en que la maldición sobre la mujer en cuestiones de parto aún no existía (ver Gn 3:16).

33. Incluso podemos considerar que lo que Jesús hace es una nueva creación en que el ser humano vuelve, mediante la *disciplina o corrección* que Jesús sufrió por nosotros, a su inocencia primordial. Entonces todo era puro, no había pecado, por lo tanto no había necesidad de la “Ley” post-caída, de la Torá a partir de Gn 2. Esta Torá tenía como propósito principal la *separación* de lo puro y lo impuro, de la verdadera religión de la falsa, de Israel y de las naciones paganas. El judaísmo, esta religión, se distinguía por tres grandes características: la observancia del sábado (Gn 2:2-3), la circuncisión (Gn 17:9-14) y la dieta *kosher* (Lv 11). Con la obra de Jesús, el sábado es para el ser humano (algo olvidado por los fariseos, por ejemplo), la circuncisión no contará, y todas las comidas serán puras (Mc 7:19; Hch 10:9-16). Por otro lado, el judaísmo permitía el divorcio (Dt 24:1-4); Jesús aquí también vuelve al plan original de Dios y no permite el divorcio con nuevas nupcias, basándose en lo que Dios estableció *en el principio*, Mc 10:1-12. Otras normas éticas cristianas (por ejemplo, las que tienen que ver con las prácticas homosexuales), no creo deriven de Lv, sino del orden primitivo establecido por Dios en la creación.

34. Unos últimos puntos que queremos ver tienen que ver con el tipo de Mesías que esperaba Israel. El Mesías quebrantaría a las naciones paganas que oprimían al pequeño Israel (Sal 2). O Dios mismo lucharía contra el mal infernal (ver p.e., Is 51:9-11; 63:1-6). Los discípulos de Jesús esperaban esto mismo: ver Mt 26:51-54; Lc 24:18-21; Hch 1:6; Mc 10:35-37. Pero otros textos son bien pacíficos, como Za 4:6b; 9:9-10; la guerra terminará, Is 2:1-5 (forjarán de las lanzas podaderas). Incluso se llegó a ver al Mesías como un maestro pacífico, p.e., en la tradición aramea (el tǎrgum) de Is 53.

35. En lo que están de acuerdo los estudiosos es que no se esperaba que el Mesías padeciera, al menos una muerte afrentosa. Aun se ha pensado que Judas lo que buscaba fue poner a prueba si Jesús era el Mesías entregándolo para ver si triunfaba (pero ¡en esta vida terrenal!). En este tema hay mucho que discutir, pues existe toda una tradición de los “dolores del Mesías” (cf. Sal 89; 132) y otras tradiciones aún más oscuras. Podemos decir que Jesús fue el único que entendió su misión (ver lo dicho sobre su bautismo en el número 26 arriba) como una que comprendía esencialmente el sufrimiento por los demás (también aquí quiero tener cuidado, pues las cosas son complicadas, p.e., si tomamos en cuenta las tradiciones del Justo Sufriente en Sb 2-4 y el Sal 22) y a los moradores de Qumrán famosos por los rollos del Mar Muerto.

36. Sin tener espacio para más, veamos para terminar dos cosas relacionadas. Jesús dice que tiene que ser “levantado,” lo cual en arameo (su idioma) tenía un doble sentido: ser exaltado (puesto en alto, “glorificado”) y ser crucificado. Ver Jn 3:14; 8:27; 12:32. Resulta que según el estudioso Joel Marcus (basándose en autores antiguos y modernos), la crucifixión era la pena para los pretendientes al poder que atentaban contra el imperio romano. La pena de la crucifixión era irónica, pues los usurpadores habían querido ser puestos en alto, y ahora, en la cruz, ¡lo eran! Pero al morir con dignidad, hacían su protesta contra el imperio y así lograban de algún modo su propósito. Jesús mismo parece aludir a esta idea con su doble-sentido de “ser levantado.” Y la cruz de Jesús ha sido concebida como un trono. Además, el “levantado” en hebreo es tanto el trono de Yahveh (Is 6:1) como su morada (Is 57:15) como el “príncipe” Mesías en Ez 36:24; 37:25). Los Setenta (la traducción griega del AT) tradujo “enaltecido, levantado y ensalzado” en Is 52:13 por “levantado y glorificado,” justo lo que nos dice el evangelio de Juan sobre Jesús. Ahora, en Heb 5:5, ser “glorificado” es ser ordenado sumo sacerdote.

37. Para concluir, Jesús por su muerte entro en el Santo de los santos (Heb 9:11-14) en el Día de la Expiación Final y así nos abrió un nuevo camino a la presencia de Dios, pudiéndose sentar a la derecha del Padre, ya terminada su obra (Heb 10:11-25).